

LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL COSTARRICENSE EN EL MARCO DEL CONTEXTO CENTROAMERICANO DE FINALES DEL SIGLO XX

Margarita Bolaños Arquín

Resumen

El artículo analiza el nacimiento y desarrollo de la antropología en América Central en los últimos 20 años. El nacimiento de la antropología sociocultural se relaciona con la consolidación de movimientos políticos liderados intelectuales provenientes de los sectores medios como fue evolucionando mediante diversas corrientes que ejercían su influencia.

Finalmente se hace un llamado a la necesidad de realizar estudios con perspectiva centroamericana.

Introducción

Esta reflexión es el resultado de un conjunto de pequeños ensayos escritos para los estudiantes del curso impartido conjuntamente con la Dra. María Eugenia Bozzoli, Teoría y Praxis de la Antropología Sociocultural Centroamericana, ofrecido en el Posgrado en Antropología de la Universidad de Costa Rica, en el segundo semestre del 2001.¹

El objetivo de este ensayo es ofrecer un contexto histórico a las preocupaciones de la antropología sociocultural centroamericana de las últimas dos décadas. Me interesa analizar lo que yo llamo pecados originales con los que nace la antropología centroamericana, y el largo proceso de redención que culmina con la profesionalización de la disciplina, la apertura a nuevas preocupaciones y nuevas prácticas antropológicas. He dividido mi reflexión en dos apartados: los pecados con los que nace la antropología en Centroamérica en el decenio de 1960 y el proceso de redención y la búsqueda de identidad de los antropólogos sociales de los últimos años del siglo XX.

Los orígenes del pecado

La apertura de los Departamentos de Antropología en El Salvador (1962-1968), Costa Rica (1967) y Guatemala (1972), estuvo fuertemente influenciada por la consolidación de movimientos políticos liderados por intelectuales provenientes de los sectores medios de Centroamérica. Estos intelectuales y sus organizaciones políticas, mayoritariamente de izquierda y social demócratas,

¹ El marco centroamericano de estas preocupaciones se encuentra más ampliamente desarrollado en mi tesis doctoral *Anthropological Approaches in U.S. Studies of Central America, 1930-1970: implications for Central American Anthropology*. Universidad de

cuestionaron las políticas oligárquicas de la posguerra, promovidas con el soporte económico y militar de los Estados Unidos. Las corrientes en boga de intelectuales de orientación nacionalista y anti-imperialista, aceleraron el nacimiento de las ciencias sociales en las universidades centroamericanas, e imprimieron durante su desarrollo características muy particulares a la antropología centroamericana y costarricense.

Durante la década de los años sesenta, los científicos sociales centroamericanos, es decir, sociólogos, historiadores y abogados, por razones de índole política se concentraron en dos temas que consideraron relevantes: el estudio del nacimiento de los movimientos sociales (estudios de conciencia de clase) y las consecuencias de las políticas de modernización, fundamentalmente en las áreas rurales.

Basados principalmente en la teoría de la dependencia y en el marxismo estructuralista francés, los científicos sociales centroamericanos priorizaron sus estudios en el nacimiento de las burguesías y los procesos que permitieron la articulación de las economías feudales, no capitalistas, o tradicionales al modo de producción capitalista. La teoría de la dependencia apuntaba a la expansión de Occidente, en primera instancia, y luego al imperialismo, como principales causantes del subdesarrollo latinoamericano, y colocaba a las clases dominantes como intermediarias del nuevo orden internacional. Por otra parte, el marxismo estructuralista francés aportaba al estudio de las estructuras de clases y servía de soporte teórico para explicar la base económica de la conformación histórico-cultural centroamericana. Esta perspectiva teórica también permitió a los antropólogos un abordaje alternativo a la antropología norteamericana, principalmente la funcionalista.

Hacia finales de los años de mil novecientos sesenta, los científicos sociales guatemaltecos, que ejercieron gran influencia en el desarrollo de las ciencias sociales en Centroamérica, creían que la única vía para entender el subdesarrollo centroamericano, y por ende, la ausencia de una conciencia política antioligárquica en las clases populares (léase indios, campesinos, obreros), era estudiando la región desde una perspectiva histórica.²

Los intelectuales guatemaltecos ejercieron una influencia determinante sobre la naciente antropología social centroamericana, quienes abordaron desde

² Véase de Guzman Böckler "Principios Fundamentales para la protección del patrimonio cultural, lingüístico y folklórico de la América Central" . En: Primer Congreso de Antropología y de la Defensa del Patrimonio Cultural de América Central. San José, Costa Rica, 1975, págs. 79-81.

períodos coloniales, y aún precolombinos, el estudio de su propia realidad. Cabe destacar los trabajos de Guzmán Böckler (1976), Jean Loup Herbert (1970), Flores Alvarado (1968), Severo Martínez Peláez (1970), para mencionar unos cuantos. Su crítica se dirigió contra dos corrientes de pensamiento, que, según los autores mencionados, dominaron las ciencias sociales y la antropología entre 1930 y 1960: los estudios “culturalistas” de la antropología norteamericana y el indigenismo latinoamericano (en su versión mexicana).

A ambas corrientes se les acusaba de haber obviado la dimensión histórica que explicaba la conformación de la estructura de clases, así como de haber negado la explotación y la discriminación de las mayorías indígenas. A los estudios de comunidad se les recriminaba también por su perspectiva localista y desarticulada de lo que ocurría en el ámbito mundial. Para los mencionados intelectuales guatemaltecos, ambas corrientes de pensamiento —la “antropología culturalista” y el indigenismo latinoamericano— se preocuparon más por describir los cambios culturales en los patrones de consumo y producción causados por el contacto entre el mundo “civilizado” y el mundo “tradicional”, que en el análisis de las transformaciones ocurridas en las relaciones sociales de producción.

Sin duda alguna, las críticas a la antropología norteamericana, sin hacer ninguna distinción entre los diferentes enfoques teóricos que dominaron las tres décadas anteriores en los estudios mesoamericanos y la crítica frontal al indigenismo, piedra angular de la antropología latinoamericana, influenciaron de múltiples maneras la praxis antropológica costarricense y centroamericana. Tanto los currícula como las agendas de investigación de la antropología centroamericana, de orientación marxista, fueron fuertemente influenciadas por las críticas planteadas por los intelectuales guatemaltecos. En Costa Rica, por ejemplo, cursos que olieran a “culturalismo” o “indigenismo” tales como “Teoría de la cultura”, “Áreas culturales” y “Antropología cultural”, fueron sustituidos en el programa de 1975 por “Antropología económica”, “Antropología política” y cursos de Sociología como “Estructura social y económica de Costa Rica”. No existía marco teórico si no se habían aprobado “Económica” y “Estructura”. Cursos como las etnologías sobrevivieron con cambios importantes de orientación con respecto a la década anterior. Al mismo tiempo, los estudiantes de antropología debimos recurrir a la historia como antecedente (sin cuestionar mucho), y nos vimos obligados a ubicar la comunidad, el sector, el grupo o la etnia dentro de la estructura social, también sin cuestionar mucho las construcciones hechas por los otros científicos sociales.

En consecuencia, los estudios “culturalistas e indigenistas” fueron prácticamente proscritos por las nuevas generaciones, con excepción de algunos colegas como Eric Wolf y Sidney Mintz³, dos reconocidos antropólogos marxistas norteamericanos que habían pasado primero por el escrutinio de la antropología anti-indigenista mexicana de finales de los años sesenta y primeros años de la década siguiente.

En general, para sociólogos e historiadores marxistas del decenio de los sesenta y setenta, era común pensar que los estudios antropológicos norteamericanos y también los latinoamericanos hacían énfasis en los micro-estudios o de comunidad, y menospreciaban las explicaciones más orientadas al tipo macro (nacional e internacional). Esta conclusión se articulaba con otras que suponían el papel imperialista de la antropología aplicada norteamericana, y al espíritu burgués del indigenismo latinoamericano, que propiciaba la integración del indígena sin revolución (Véase Bonfil Batalla 1966. *Una crítica al pensamiento conservador en la antropología aplicada*).⁴

Por otra parte, para algunos científicos sociales de la época, nuestro interés por la cultura o la superestructura se encontraba igualmente restringido; generalmente se le reducía a lo ideológico, a la falsa consciencia y al pensamiento milenario. Por lo menos hasta que el teórico italiano Antonio Gramsci no fue revivido para cuestionar el marxismo ortodoxo y economicista dominante, los antropólogos no pudimos más que apaciguar medianamente nuestras conciencias del cargo de acarrear no uno, sino varios pecados originales: el de ocuparnos de la cultura, de culturas en vías de “extinción” y poco importantes para los procesos revolucionarios, y el de ser herederos de una disciplina surgida en el siglo XIX, al calor de la expansión colonialista de Occidente. ¿Qué más angustiante para nosotros que definir la antropología a partir del famoso Proscritum de Llobera (1975)?⁵

Durante el decenio de los años sesenta, la antropología costarricense y centroamericana en general transitaron por una estrecha cerca de púas, en el medio de las críticas a la antropología culturalista norteamericana y del

³ Los trabajos de Wolf traducidos al español son los siguientes: Pueblos y culturas del mesoamérica (1967), Las luchas campesinas del siglo XX (1970) y Los campesinos (1971).

⁴ Bonfil Batalla, Guillermo (1966). “Conservative Thought in Applied Anthropology: A Critique. En: Human Organization. 25:2:89-92.

⁵ Llobera, José R. (1975). La Antropología como ciencia. Editorial ANAGRAMA. Barcelona. Págs. 273-387.

indigenismo latinoamericano. Estas críticas fueron planteadas por los guatemaltecos que tenían relativo conocimiento del desarrollo de la teoría antropológica en el ámbito mundial. Por otra parte, la crítica a la antropología fue estructurada desde una realidad muy particular; dentro del conjunto de las sociedades centroamericanas, Guatemala constituía una sociedad en donde la modernidad y el capitalismo habían encontrado un sólido obstáculo.

La antropología centroamericana, entonces, nació afligida por varios pecados originales para los cuales no había redención, porque redimirse significaba producir su propia negación. El estudio de la trayectoria histórica de la antropología prácticamente fue dejado de lado por las nuevas generaciones de antropólogos. Esta se asumió como un capítulo muy lejano a nuestra práctica, que poco tenía que ver con la realidad presente y las aspiraciones de las nuevas generaciones. Cuando se estudiaba, el objetivo radicaba en hacerla cuadritos, literalmente. Muchos de nosotros creíamos que podíamos construir teoría antropológica desde nuestra propia praxis y desde nuestro presente.

La redención

Durante el decenio de los setenta y primeros años de los ochenta, la antropología crítica mexicana sirvió de acicate para crear una identidad y una práctica antropológica en un ambiente académico y profesional cuestionado. Nosotros, bondadosamente, nos apropiamos no solo de la crisis de la antropología norteamericana y europea que respondía a los movimientos de contracultura y nacionalistas en el III Mundo, sino también de la de la mexicana.

Entonces el mundo rural se convirtió en el espacio natural de la antropología durante esos primeros años. Se retoma el pensamiento del peruano José Mariátegui, y aunque nos mantuvimos abiertos a muchas otras preocupaciones, “lo indígena”, “lo clásico”, “lo primitivo”, fue mantenido a mucha distancia. Los enfoques de esa época ponían de manifiesto la angustia de acarrear nuestros pecados originales. Había que realizar malabarismos para mantener una identidad como antropólogos, en tanto que otros profesionales de la ciencias sociales nos miraban con cierto recelo. Esta situación nos llevó a subestimar lo que nosotros y lo que colegas de otras latitudes hacíamos.

Paradójicamente, este “encapsulamiento”, como dirían los colegas “gringos”, nos llevó a sobrevivir en un ambiente cuestionado, a ampliar el abanico de nuestras posibilidades de estudio. Como en pulpería de abarrotes, había de todo. Eugenia López, primera antropóloga graduada en Costa Rica (1975), pero

de nacionalidad mexicana, decía que los antropólogos debíamos ir a la boutique de marcos teóricos a escoger uno al gusto de los demás colegas de las ciencias sociales.

Al mismo tiempo que maduramos profesionalmente y las premisas eternas sobre la práctica social fueron derrumbadas por la misma acción social, los antropólogos fuimos ubicando nuevas temáticas y nuevas maneras de acercarnos a la realidad. Fuimos pioneros en los estudios de género, en los estudios de identidad, en los problemas del desarrollo. Hicimos aportes a la lingüística, a la educación, a la historia, a la economía, a la biología, a la agricultura, a la psicología, a las matemáticas y hasta a las ciencias ocultas. Quizá por ello no nos dejamos devorar, y el Departamento de Antropología de la Universidad de Costa Rica no cerró en los años siguientes, como algunos colegas apocalípticamente lo anunciaron. Por el contrario, entre 1974 y 1995 se habían graduado 251 bachilleres y 106 licenciados. Hoy día tenemos 500, mientras que en 1970 había solamente 33 estudiantes.

Los estudios culturales y de identidad cobraron importancia y las demás disciplinas de las ciencias sociales encontraron que los estudios antropológicos, desde hacía ya algún tiempo, habían venido registrando cosas interesantes e importantes para explicar los agujeros negros que dejaron las metateorías. Sin embargo, no nos percatamos de nuestras contribuciones debido al aislamiento que históricamente nos correspondió vivir, a la angustia de acarrear los pecados originales, o a la ausencia de diálogo, que contribuyó a fomentar la desorganización gremial e impedir por ejemplo la apertura de los estudios de posgrado. Podría decirse que nos comunicábamos y nos sentíamos mejor con profesionales de otras disciplinas que entre nosotros mismos.

La década de los años ochenta marca nuevos derroteros para los antropólogos y las ciencias sociales en general. ¿Cómo nos redimimos de nuestros pecados originales? ¿Cuáles son los pecados capitales de la práctica antropológica costarricense?

Desde finales del decenio de los setenta y todo el decenio de los ochenta, Centroamérica vivió una profunda crisis económica que se tradujo en convulsiones políticas de todo género, y que provocó, a su vez, transformaciones en las estructuras sociales y del poder que cambiaron los destinos de la región. Según decían los experimentados economistas y sociólogos de la época, la crisis tuvo su origen en la crisis petrolera de los años setenta, en el agotamiento del modelo agroexportador y en la enorme deuda interna y externa acumulada que sirvió de

apoyo al proceso de modernización de las sociedades centroamericanas. Con una enorme deuda y productos que se vendían por muy poco (los postres), Centroamérica entró en una terrible recesión, que algunos compararon con la vivida en el decenio de los años treinta.

Lo cierto es que las políticas de modernización del agro, la industria, la infraestructura urbana y la creación de un Estado de bienestar no garantizaron la reducción de la pobreza, ni la dependencia de los centros metropolitanos. Los cimientos del modelo económico parecían haber sido contruidos de cartón. Así, la década de los ochenta se abrió a golpes, llena de desconuelos y desesperanzas y con limitada claridad del camino por seguir para aliviar los padecimientos de las grandes mayorías de centroamericanos, quienes experimentaban la exclusión y la violencia política y militar organizada en “casa”, con la ayuda de los gobiernos republicanos de los Estados Unidos. Las expectativas y las esperanzas de construir una nueva sociedad que iluminaron el decenio de los setenta, se vieron apagadas poco tiempo después, por los desaciertos del sandinismo en Nicaragua y la violencia sin fin que las teorías y los teóricos de la revolución, como en El Salvador, Guatemala y Honduras, no lograban explicar.

En río revuelto, ganancia de pescadores: fue así que los antropólogos pudimos cuestionar abiertamente las premisas perfectas, los modelos nítidos, las hipótesis sempiternas y echar mano de los clásicos y de los no muy famosos, pero eso sí, que hubieran hecho tierra, como dicen los electricistas. Es decir, aquellos que hubieran trascendido el discurso, las reflexiones abstractas. Estos primeros años del decenio de los ochenta coinciden con la desintegración de la mayoría de las organizaciones de izquierda y el florecimiento de las ONGS y todo tipo de grupos de reflexión, que igualmente abandonan total o parcialmente la academia.

De la misma manera se vieron cuestionadas las organizaciones de “clase”, como los sindicatos y asociaciones obreras y campesinas, y surgieron nuevas formas de organización de la sociedad civil en Centroamérica con el patrocinio de agencias “solidarias” europeas. Para entonces, el mundo había iniciado una nueva etapa de globalización, que pocos entendimos. Mientras tanto, los antropólogos costarricenses nos abríamos campo en dos frentes: la sociedad civil (la calle, como dicen algunos colegas) y la academia. Con la reducción del gasto público para aliviar la deuda interna y externa, muchas de las instituciones estatales donde trabajaron los antropólogos fueron cerradas.⁶ Con la ayuda internacional,

⁶ Véase de Marcos Herrera el artículo “Panorama general del desarrollo de la Antropología en las instituciones públicas y privadas de Costa Rica”. En: Cuadernos de Antropología no. 9, Junio 1993. Publicación del Laboratorio de Etnología. Universidad de Costa Rica, pag 73-86.

las ONG se hicieron cargo de algunas de las funciones del estado, mientras se preparaba el terreno para “modernizarlo” o reducirlo, como condición necesaria para acelerar el proceso de globalización del decenio de los mil novecientos noventa.

Cargando todavía el pecado original, los antropólogos costarricenses percibieron la posibilidad de redimirse en esos primeros años del decenio de los ochenta. Nunca antes el terreno se había mostrado tan propicio para realizar investigación propiamente antropológica; existían condiciones para pensar la realidad antropológicamente. Había muchos aspectos que explicar de la realidad social, y desde muchos ángulos, en los cuales los antropólogos habíamos acumulado experiencia. La redención experimentó también el destete teórico de la sociología y de la economía y un mayor acercamiento a la historia.

Dos temáticas acapararon la atención de la mayoría de los colegas durante los ochenta: lo rural y la salud. ¿Por qué estas dos temáticas? ¿Cuál fue la especificidad de nuestro acercamiento teórico-metodológico?⁷ Es importante recordar que durante esos primeros años pusimos énfasis en la investigación de campo. Obligatoriamente había que investigar fuera del campus universitario, en las comunidades. Paso seguido, nos deshicimos de la obligación de formular hipótesis y de elaborar sofisticados marcos teóricos. “¡Al agua, patos!”... les decíamos a los estudiantes. “Lo que tenemos que hacer ahora es aprender hacer buenas preguntas, a trabajar con la gente, a hacer más participativa la investigación”. “Ellos, la gente, saben que les duele.” “ ¿Qué quieren? Ellos tienen sus propios análisis de realidad”.

En esta nueva óptica de hacer Antropología, el escenario natural fue lo rural. También se abrió la frontera agrícola para los antropólogos, más allá del Valle Central costarricense. Los sectores más impactados por la crisis de los ochenta fueron los campesinos, los productores agrícolas en general y los sectores urbanos pobres. ¿Cómo sobreviven las mujeres de estratos social bajo, los pobres urbanos, los campesinos? Esa fue la pregunta que Eugenia López se formuló en su tesis de licenciatura en 1975 y en muchos de sus estudios de los años subsiguientes.

⁷ Hubo interés por muchos otros tópicos, pero quizá sólo se dispuso de la voluntad y el material suficiente para organizar dos talleres: el de salud en 1983 y el del agro en 1986. Cuadernos del Laboratorio de Etnología de la Universidad de Costa Rica.

En los estudios rurales coincidimos antropólogos, sociólogos, historiadores y agrónomos, pero a pesar de los enfoques multidisciplinarios, los antropólogos mantuvimos nuestra propia especificidad. Nos preocupamos por ilustrar con detalle el estudio de casos, las estrategias de sobrevivencia del campesinado y de los pobres urbanos. En lo urbano, la salud y sus prácticas curativas representó la manera más natural de acercarse al estudio de las estrategias de sobrevivencia y las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo. Sin embargo, no perdimos de vista el contexto nacional ni regional. Bastante habíamos aprendido del oficio de sociólogos, pero ahora asumíamos el nuestro sin ningún remordimiento.

En el estudio de las estrategias de sobrevivencia se requirió atender lo cultural, pues quedaba claro que la sobrevivencia no era un asunto meramente económico, sino también cultural y político. De ahí entonces desembocamos en los estudios de identidad como un eje de cohesión de las estrategias de reproducción y sobrevivencia. También lo político se atendió de manera distinta, como gestión.

Se hizo un esfuerzo por realizar la investigación participativa desde el planteamiento del problema hasta la elaboración de las preguntas y las técnicas de recolección. Hubo muy buena acogida por parte de las comunidades, y nos libramos también del pecado capital del “desperdicio teórico”. Los resultados de investigación eran usados por las comunidades y sus organizaciones como suyos. Durante esos años tuvimos muchas experiencias donde nos enfrentamos a las comunidades con nuestros estudios e interpretaciones. Había que explicar los problemas con solidez y sin mucho adorno. Cito unos ejemplos de los que recuerdo, porque me tocó participar: Historia y situación actual de los distritos de Pejibaye en 1983; Historia y situación actual de la comunidad de Cot, 1983. Se realizaron otros en Talamanca, Guayabo, Tucurrique, en la zona norte, en Golfito con los pescadores pichorchos, etc.

Así, con conocimiento de causa, con investigaciones de largo y corto plazo, nos atrevimos a cuestionar verdades dichas en las décadas pasadas: la naturaleza del desarrollo capitalista en el Valle Central, el papel del estado, de la democracia costarricense, de la gestión popular, del mito de la blanquitud, de las bondades del proceso educativo, de la ausencia de planteamientos racistas, entre otros. Con cierta propiedad nos atrevimos a incursionar en las interpretaciones históricas para resaltar la naturaleza pluricultural de la sociedad costarricense y como pieza de un mosaico histórico y cultural mayor. Para estos años, los

estudios arqueológicos, históricos y socioculturales compartieron preocupaciones de investigación que dieron buenos frutos.

Hacia mediados del decenio de los años noventa, se hizo más fuerte la preocupación por abordar la realidad desde una perspectiva regional, centroamericana, y se inician las actividades de coordinación para la elaboración de un programa centroamericano de antropología. La centroamericanización de la antropología costarricense abre nuevas prácticas y nuevos enfoques.

Resumendo: paradójicamente, la crisis del decenio de los ochenta constituyó un escenario estimulante para la reflexión y la praxis antropológica en toda Centroamérica; ello se refleja en Costa Rica en la diversidad de cursos que se imparten en las universidades estatales, en la consolidación de los Cuadernos de Antropología, la revista Vínculos del Museo Nacional, las publicaciones del Departamento de Antropología del Ministerio de Cultura y en la producción de las ONG.⁸ También creo que ese crecimiento teórico y práctico de la antropología fue posible porque hubo una mayor apertura a diversas tradiciones antropológicas, más atención al proceso de centroamericanización de la sociedad costarricense, como resultado de la violencia y la migración, y mayor agudeza en el planteamiento de las preguntas, pero particularmente en la perspectiva participativa de la investigación antropológica.

Al concluir este ensayo, la Dra. María Eugenia Bozzoli, y con ella la antropología costarricense, recibían el premio Nacional de Cultura Magón, el más importante galardón costarricense. El periódico La Nación reconoce que: “Por primera vez en su historia el Premio Magón—el más importante de todos los galardones nacionales— quedó en manos de una antropóloga, quien ha contribuido al conocimiento de las etnias indígenas y ha sido la pionera de la disciplina en el país”. (La Nación 8 A, 18/01/2002).

⁸ Véase de María Eugenia Bozzoli. “La Antropología aplicada en Centroamérica”. En: Revista Reflexiones. Facultad de Ciencias Sociales (22:3-20) Universidad de Costa Rica.